

PANDEMONIUM

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

Precio 25 Cts.



Señorita Elida E. Piza

La Protección de su Negocio al alcance

LLEVE SU RECIBO

CONTADO

Pesos Centavos

6 . 10

de su Mano

Si en tiempos normales es necesario una vigilancia extremada para que el fruto de su trabajo y los rendimientos de su negocio, no sufran quebranto. ¿Cuanto más necesario no lo será en situaciones críticas?

Esto únicamente lo consigue empleando la Máquina Registradora

NATIONAL

de la que es Unico Agente

A. T. Harrison

Apartado 946 - Teléfono 451

SAN JOSE,
Costa Rica

National

SAN JOSÉ DE COSTA RICA

PANDEMÓNIUM

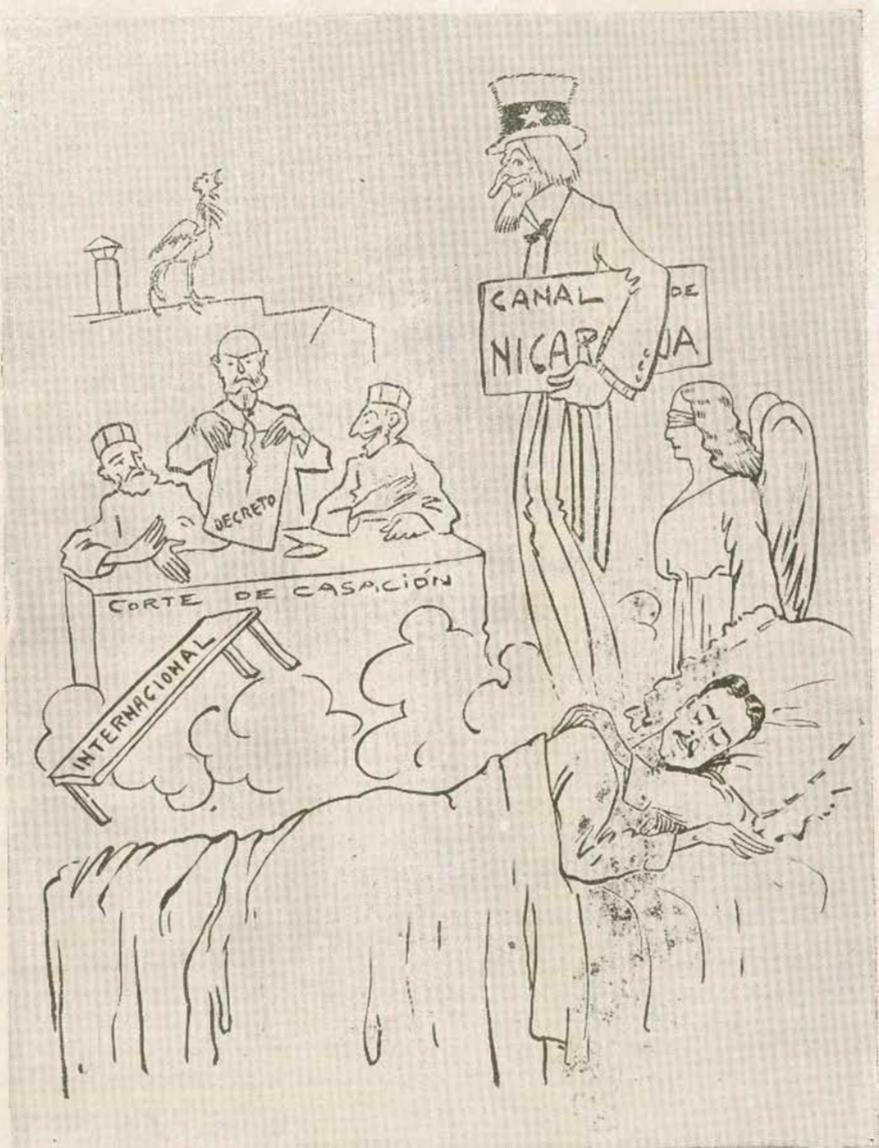
DIRECTOR: ANTONIO TIBERIO CERVILLA G.

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

AÑO X

15 DE MARZO DE 1915

Núm. 130



EL ANGEL.—Duerme, Alfredito; estas visiones no son más que una pesadilla que desaparecerá con los albores de la mañana... Ten confianza... y si no dejas mi compañía... iremos a Roma por todo... ¡Ya verés!

Ley de Seguros

Deriva el contrato de seguro del principio de solidaridad humana, del deber que tienen los individuos que forman una comunidad civilizada, de prestarse aquella serie de auxilios en cuya necesidad están constituidos para la realización de fines racionales.

No es el seguro un acto reprobado e inmoral que deba restringirse, que deba ponérsele trabas, como solía hacerse en tiempos de ignorancia, y faltos de espíritu comercial, antes al contrario, es un medio legítimo, necesario para todo hombre que mira al porvenir y ve los riesgos constantes a que están expuestos no sólo sus bienes, sino también su persona.

La ley de seguros mercantil que aparece publicada en el diario oficial del día 6 del corriente mes, si bien merecen nuestro sincero aplauso muchas de las instituciones que crea y que eran otras tantas necesidades sentidas, en cuanto aseguran los derechos de los asegurados en casos de siniestro, si hemos de ser imparciales, también es digna de censura por la gravedad que entrañan algunas de sus disposiciones.

No hemos hecho un análisis de la citada ley, ni cabe en el marco de que disponemos, nos hemos fijado en el artículo 36 y de éste nos vamos a ocupar aunque superficialmente.

De cuantas leyes conocemos que regulen esta clase de materias, no hemos visto ninguna que tenga en su articulado una disposición como la del artículo citado, y sinceramente creemos que la disposición de este artículo no figuraría en la ley que nos ocupa, si hubiera sido depurada en el crisol de una discusión amplia y serena, alejada de cierto prejuicio contra determinada clase, contra la que parece va el artículo a que nos referimos; porque dicho artículo, no responde ni a principios de equidad, ni de justicia, ni

siquiera económicos, llegando a ser una traba para las operaciones de crédito, de las que tan necesitados andamos. Hemos creído siempre que la obra artística del legislador es ponderar la realidad, ver las cosas en todos sus aspectos, establecer un perfecto equilibrio si es posible, entre lo que debe ser y lo que es, y no inclinarse en determinado sentido: con el artículo referido se pretende disminuir los incendios, lo que dudamos se consiga. Pero se consiga o no, el artículo 36 está contra lo que la razón dice y la equidad ordena; y decimos esto, porque ¿de qué vale ser previsor y asegurarse, si el vecino no lo es y no lo está? Lo más probable que suceda es que uno se asegure para su vecino, es decir que uno pague y otro cobre si tiene la desgracia de que por cualquier accidente se incendie su propiedad o su establecimiento; y esto es lo más fácil que ocurra, pues debemos tener en cuenta que aquí y en las demás provincias y pueblos de la República, carecemos de Cuerpos de Bomberos bien organizados y con el material necesario para que sea eficaz su servicio y localizar un incendio: aquí en San José menos mal, aunque por las veleidades de nuestra ya más que célebre Municipalidad, le duele, según se dice, sostener el Cuerpo de Bomberos que tenemos, y aunque éste es deficiente en cuanto al número de personal y en cuanto a medios para la extinción de un incendio, tenemos algo, ¿pero qué puede suceder en Cartago, en Heredia, etc., en donde se tendrá que apagar con cubos o destrozando la propiedad del vecino, ¿es justo—hablo del incendio casual—que yo que he sido previsor, que tengo sentido de la realidad, me haya asegurado para mi vecino o vecinos, que ignorantes o tacaños no han querido hacerlo pudiendo? ¿Es esto justo, es

equitativo, es racional siquiera? Nó. Otra cuestión: decíamos que es anti-económico el citado artículo en cuanto pone trabas al crédito. Tengo una finca urbana, sita entre otras que no están aseguradas, ni sus dueños quieren hacerlo, necesito dinero y el único medio que tengo de obtenerlo es hipotecando mi propiedad; voy a proponerle la operación a un banquero o prestamista cualquiera, ¿no le parece al legislador que no la obtendré,—pues banqueros y prestamistas sólo operan, en la mayoría de los casos sobre seguro—más que sobre el valor del solar, pues la póliza de seguros responde antes a los daños que por causa del incendio puede sufrir la propiedad del vecino? ¿Y si restringen y dificultan las operaciones de crédito no es anti-económica la citada ley? ¿No cree que muchos acreedores hipotecarios, tratarán de hacer efectivos sus créditos vencidos, ante el riesgo de verse disminuídas las garantías del mismo? Creemos que sí, y por ésta y otras razones censuramos la citada ley en su artículo 36, y lo creemos atentatorio al

derecho que todos tenemos de ponernos a salvo de las múltiples contingencias de la vida. Castíguese al criminal, al que incendia dolosamente, a quien busca en el aseguro un instrumento de lucro, pero respetemos a los que tratan de atenuar o de evitar las consecuencias de un daño. Para los criminales, una ley dura; pero no vayamos a medir a seres diferentes con igual medida, estableciendo una presunción que por ningún lado que se la considere es jurídica, ni siquiera económica. El legislador, hoy el Poder Ejecutivo, debe tener en cuenta lo que dicen dos ilustres comentaristas, al comentar una disposición algo parecida. Creemos que este artículo debe ser reformado, la ley no es poderosa para luchar abiertamente contra los eternos principios de la moral y de la ciencia. Como el sonido en el vacío, la voz del legislador pierde su autoridad y su fuerza se apaga, se extingue y muere, desde que se levanta funesto antagonismo entre lo que manda y el sentimiento general de justicia.

Juan de Maro

Algo de política mundial sobre la guerra europea

Comenzamos por declarar que no nos influye partidatismo de raza ni de espíritu.

Nuestras ideas altruistas, nos obligan a amar a todos los hombres como a hermanos, y por lo tanto, a odiar la guerra, manifestación del derecho de la fuerza contra la fuerza del derecho.

Sin embargo, a fuer de periodistas, imparciales, en la más alta excepción en que pueda y deba tomarse esta palabra, nos creemos obligados a decir lo que pensamos respecto de la guerra en que se halla envuelta la Humanidad; y decimos la Humanidad, porque las naciones que no intervienen direc-

tamente en la contienda, sufren, en la parte económica las consecuencias de ella.

Así es que PANDEMÓNIUM se cree en el deber de emitir su opinión, que como todas las suyas, podrá estar equivocada, pero es hija de su criterio imparcial y como decimos está desprovista por completo de todo partidatismo.

No trataremos de poner en claro las causas de la guerra actual; ni de inquirir cuál fué el bota-fuego, ni de quién tiene la culpa de la declaratoria.

Allá se las hayan las cancillerías de las naciones beligerantes, con sus Se-

cretos de Estado, y los Historiadores críticos, que a pesar de sus talentos, creemos firmemente que no lograrán dilucidar esta cuestión, ni resolver tan arduo problema.

No haremos más que juzgar el estado actual de las cosas, y filosofar algo sobre los resultados probables de la guerra europea.

Primeramente lo que nos impresiona más, es el sacrificio inútil de Bélgica; y decimos inútil, porque en los tiempos modernos, y con las teorías positivistas dominantes, resulta puerilmente quijotesco oponerse a lo irresistible, y sacrificarse voluntariamente a lo irremediable.

Ya sabemos que algunos no estarán con nosotros, y echarán al vuelo las campanas laudatorias y al viento las siete trompetas de la Fama, para alabar e inmortalizar el amor patrio de los belgas, que prefirieron la muerte y la destrucción de sus ciudades y el aniquilamiento de su patria a ver hollado, a su ciencia y conciencia el suelo de su floreciente nación.

Bélgica ha desaparecido por de momento y creemos que también para el porvenir. ¿Logrará resarcirse de la espantosa hecatombe, aunque el Dios de las Victorias corone de lauros a los aliados?

«Aquí está el problema», como dijo Hamlet.

Nosotros creemos que ni la ley de solidaridad de raza, ni tratados secretos entre los gobiernos de las naciones, y menos, legendarismos históricos que van desapareciendo de la faz de la tierra como recuerdos étnicos de pueblos que fueron y de épocas que pasaron, podrían obligar a los belgas a su destrucción consciente.

Demos por sentado el aniquilamiento de Alemania.

¿Francia, Inglaterra y Rusia podrán por los siglos de los siglos, resarcir a Bélgica de la espantosa catástrofe que ha sufrido?

Creemos que no: creemos aún más: creemos que ellas serán las que impedirán su reconstitución por *Razones de Estado*.

Aquí está el ejemplo relativamente reciente de Polonia...

Replicarán algunos:

Lo mismo habría sucedido si hubiese dejado pasar el ejército alemán.

Acaso que sí; que Alemania se la habría anexionado, con el pretexto de establecer a perpetuidad, una base de operaciones, vecina a Francia y a Inglaterra.

Pero en este caso se habría ahorrado las vidas, y la destrucción completa de sus riquezas.

Si termina la guerra en perjuicio de Alemania, es más que probable que Inglaterra y Francia exijan una intervención directa sobre Bélgica, con la excusa de establecer en ella una base de operaciones, fuerte, para contener el poderío alemán, que aunque en este caso aniquilado de momento, pretenderán sujetar en sus fronteras, para el porvenir.

Austria, muerto el Emperador Francisco José, se desmembrará; pasando parte a Alemania, después de devolver a Italia Trieste y el Tirol, como premio a su aparente neutralidad.

Respecto a Alemania, preciso es confesar que en pocos años ha alcanzado un desarrollo industrial y comercial asombroso: y que en la guerra actual, su potencialidad militar, su ordenancismo, su formidable empuje y su tenaz resistencia, son admirados con verdadero entusiasmo, y aún en el problemático caso de una derrota, quedaría esta guerra, como una de las páginas más heroicas de la historia de las naciones.

Francia, con su amor sacrosanto a la patria, es digna del más profundo respeto; y vencedora o vencida, altiva o humillada, el mundo le deberá siempre haber sido la cuna de las libertades modernas; el emporio de los derechos racionales del hombre.

Creemos que Inglaterra, atenta siempre a sus intereses comerciales, no ha vacilado en prestar su apoyo moral y material a los aliados, porque con ello logra dos resultados, que favorecen su política altamente proteccionista.

Contribuir a la duración de la guerra y por ende a la paralización de las industrias francesas y alemanas; y tanto si gana Alemania como si gana Francia, lograr la destrucción de un enemigo comercial.

La política iuglesa se evidenció en la guerra de Rusia con el Japón, por ella instigada y fomentada; y con la cual logró aniquilar por algún tiempo el poderío militar de Rusia, que por Siberia, le amenazaba la supremacía de la India; y retrogradar el poderío comercial del Japón, que ya dejaba sentir su influencia en los mercados asiáticos.

Creemos, que si bien Alemania lucha contra Francia, su finalidad es la destrucción del poderío naval de Inglaterra, porque constituye el estorbo más notable para su pasmoso desarrollo comercial e industrial; y estamos convencidos de que, tal cariz pueden tomar los acontecimientos, que determinen una alianza Franco-Alemana contra Inglaterra, cuando ésta, en pago de su ayuda, moral y de sangre, aunque la segunda sea poco menos que ilusoria, pretenda, como es probable que suceda, tener ingerencia sobre parte de Bélgica y algunos puertos franceses del Canal de la Mancha.

Turquía, ¡pobre Turquía! está destinada a desaparecer de Europa.

Los rusos por una parte y los alemanes por otra ambicionan Constantinopla: los primeros por legendarismo histórico en virtud de las cláusulas del testamento de Pedro el Grande: los segundos porque les conviene para su extensión comercial en el Oriente; siendo lo más probable, que ganen esta parte del pleito los alemanes, por la intervención, aunque disimulada, que ya tienen sobre el Imperio turco.

Holanda e Italia, a primera vista neutrales, son puertas de entrada de abastecimientos y pertrechos y de salida de las mercancías alemanas; y por más que el pueblo italiano se muestra partidario de los aliados, por el tradicional odio a Austria, la hábil política de su rey le mantiene en un admirable estado de neutralidad pacífica, del

que a no dudar sacará provecho, sea cual fuere el término de la guerra.

España, por su situación geográfica está completamente fuera de combate, y lejos de toda intervención; y más aún, con la política desarrollada en estos últimos años por los gobiernos en pro y afianzamiento de la actual monarquía; y sólo podría verse envuelta en la contienda, por dignidad, en el caso de que Inglaterra intentara ejercer acción sobre las islas Canarias o las Baleares, según el desarrollo de los acontecimientos en el porvenir.

En cuanto a la intervención armada de los Estados Unidos, no creemos en ella, a pesar de sus notas diplomáticas, por la sencilla razón de que además de no ser potencia militar para entendedérselas con ninguna de las naciones beligerantes, una guerra podría llevarlos a la ruina económica, y estorbar su ingerencia comercial en la América Latina.

El Japón, por más que moralmente aparece obligado a ayudar a Inglaterra, estamos convencidos de que sólo se mantendrá a la expectativa, y a punto, según como se desarrollen los acontecimientos, de apoderarse de las Filipinas; lo que no le costará mucho trabajo, puesto que es probable, que los Estados Unidos, para los cuales aquellas colonias son un estorbo, se las cedan buenamente al primer empuje, a cambio de una *entente* sobre el Continente Americano.

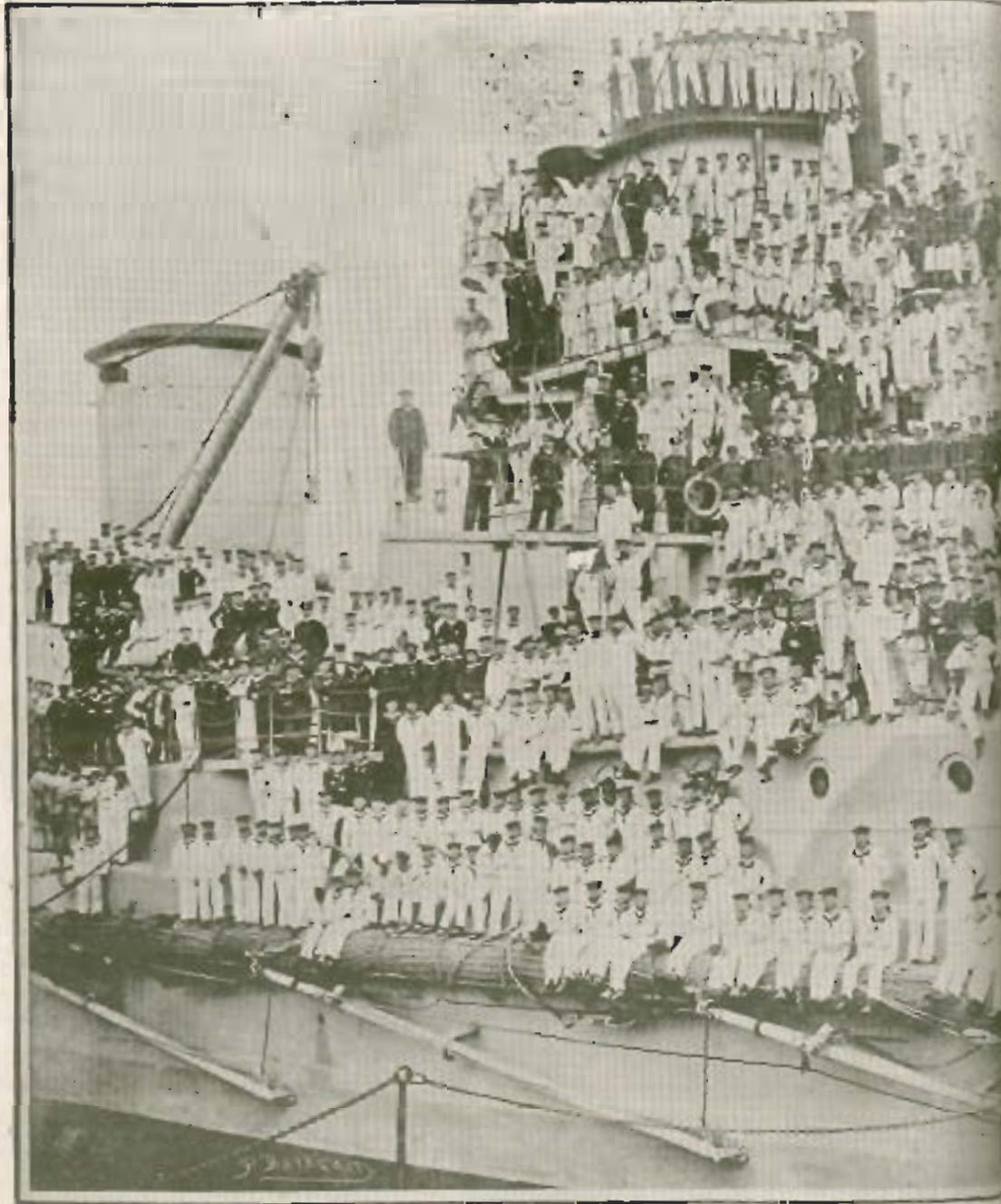
Esta es en globo nuestra opinión, que más de cuatro juzgarán aventurada, algunos loca, y muchos pretenciosa...

Esperemos el resultado de los hechos con paciencia:

Si nos equivocamos, no será por mala fe periodística; y jamás negaremos nuestras afirmaciones de hoy: confesaremos franca y lealmente nuestro error.

Si acertamos, no nos jactaremos de nuestro aserto, ni celebraremos con añafles y atabales nuestra victoria periodística... Creeremos simplemente haber cumplido nuestra obligación, con decir al público lo que sentimos y pensamos.

NOTAS GRAFICAS DE LA GUERRA EUROPEA



Grupo de oficiales y marinería



del contrabando alemán "Moltke"



El Abuelo

El año de 1801 nació en el barrio de Santiago de la villa de Alajuela el último de los hijos de José Miguel González, al que se le puso por nombre Cipriano, por ser ese el Santo que ocupaba el calendario el día de su nacimiento. La vida infantil durante el período colonial se deslizaba entre las gentes de los pueblos tranquila y apacible, sin el incentivo de juguetes costosos, trajes de seda ni fatigas escolares; las ocupaciones domésticas de la



LA CASA DEL ABUELO

madre primero y luego las faenas del campo del padre inspiraban en los niños los juegos de sus primeros años; se levantaban al clarear el día y veían encender el fogón, darle de comer a los animales domésticos, ordeñar las vacas, enyugar los bueyes y preparar el desayuno; durante las tardes lluviosas, se desgranaba el maíz, desmontaba y tejía el algodón, se preparaba el achiote o se encendía el horno para asar bizcocho, así los niños entretenidos con sus padres en los quehaceres de la casa y del campo, ocupaban sus ratos libres en hacer rosquillas de barro, formar corrales pequeños de piedra, forjar yugos para bueyes de holote y fingir carreras con caballos de madera; las funciones de la enseñanza doméstica estaban reducidas a las tres erres cuando más. Los adolescentes se casaban jóvenes y seguían las huellas de sus padres, preocupados por cultivar la tierra y ensanchar las comodidades del hogar; pero hay una ley biológica que obliga a las aspiraciones humanas a acercarse a los centros de población, en busca de un ambiente de cultura superior al que nos

rodea, y cuando conocimos al joven Cipriano González ya era vecino de Alajuela, estaba canoso y había contado entre sus hijos un sacerdote, que era la mayor aspiración a que podía llegar la familia en aquel tiempo.

Su casa ocupaba la esquina, en un cuarto de manzana, hecha de adobes y horcones, con un corredor al frente, salas espaciosas, cubiertas con teja de barro, piso de tierra, sin vidrieras ni cortinas, donde entraban con libertad

el aire y la salud por todas partes. En el solar había un corral para ordeñar las vacas, en la mañana, y para encerrar los terneros por la tarde. A medio kilómetro de distancia de la casa tenía el abuelo un pequeño terreno de cultivo, con pasto para el ganado, café, caña de azúcar y árboles frutales; y más lejos, en Turrúcares, un potrero espacioso a donde se llevaban los caballos y el ganado de cría. En la casa, tenía el cultivo de flores, algo de hortaliza, un árbol de zapote, un naranjo dulce y otro de naranjas agrias, un mango, otro de anonas, un árbol de cacao, otro de manzana rosa, otro de limón, un jocote, un aguacatero, un árbol de caz, plantas de orégano, ruda, zacatinta, malva, yerbabuena, testimonios irrecusables, por sus frutos, de la feracidad del suelo, tenido por muchos como productor de hormigas solamente.

La familia de la casa estaba reducida al abuelo, su mujer, nacida igualmente a principios del siglo XIX y una hija soltera mayor entonces de cuarenta años; los otros hijos estaban casados y vivían con sus familias, unos

en Río Segundo y otros en Alajuela; el sacerdote había muerto hacía algún tiempo, y de él no quedaba otra cosa que su cuarto de estudio, un atril, un diccionario latino, un «año cristiano» y la tumba que en el cementerio guarda sus despojos. Pero aquella casa parecía un enjambre de abejas, el servicio de la cocina lo hacían dos ahijadas huérfanas; dos muchachos criados igualmente en la casa atendían las vacas, terneros y caballos; los nietos no salían de aquella casa, sino para ir a dormir con sus padres, porque el abuelo estaba siempre dispuesto desde temprano a complacer sus deseos: el vaso de leche caliente, las frutas mejores, las meriendas, los bizochos, todo era para los nietos. Durante los festivales el abuelo iba a misa en la madrugada, envuelto en su capa de paño negro, cuidando siempre la tropa de nietos que tenían por fuerza que ver la procesión del Resucitado y quemar a Judas al centro de la plaza pública; para la procesión del Santo Entierro el abuelo adornaba su calle con uruca y cañas de azúcar, que los nietos le ayudaban a fijar y luego se las comían; cuando se iba a la fierra en Turrrúcares, llevaba en su caballo un nietecito por delante y otro en ancas, obligando a los mozos de servicio que hiciesen otro tanto; los domingos todos recibían sendas manos de cacao para comprar en el mercado dulces y frutas; en su cofre particular guardaba la alcancía de cada cual, para comprarles con sus propios ahorros una vaquilla o un potro, que podían criarse holgadamente en el potrero de Turrrúcares; podía considerarse al abuelo como al árbol frondoso del cariño, con sus brazos siempre abiertos para proteger los tallos nuevos.

En los días feriados los familiares de los campos sabían que en aquella casa podían dejar sus caballos, preparar el almuerzo y hacer sus consultas con el abuelo, quien sentado en la hamaca de la sala atendía los dibujos que en el suelo hacían, sobre división de heredades y servidumbres, porque además del parentesco de sangre, se

le tenía de padrino en los bautizos, confirmas y matrimonios; era albacea de mortuales y curador de menores, que si bien no le producían dinero, habían creado en su favor un tesoro de afectos. En el corredor de su casa se practicaban remates extrajudiciales y se discutían asuntos de administración local, sin participar en los servi-



DON CIPRIANO GONZÁLEZ

cios públicos, ni militares ni civiles, porque sus códigos eran los del afecto conciliador, sin la rigidez del militarismo, ni el convencionalismo civil. Había conocido el sistema colonial, presenciado la organización de la República y visto pasar por la primer magistratura a muchos hombres honrados, que subieron al poder con el clamoreo del pueblo y descendieron abrumados por el murmullo de la desaprobación; si hubiese sido alcalde siquiera, alguna vez, no habría podido conservar hasta la muerte su caudal de simpatías.

Educado el abuelo en la escuela del amor y del trabajo, trataba de inculcar en sus nietos tales sentimientos, y para eso los llevaba consigo a las labores del campo, donde la tierra muestra el tesoro de sus secretos, contemplando la germinación de las semillas, el desarrollo de los tallos, la florescencia y producción de los frutos, luego sus aplicaciones en el hogar y finalmente el deleite de su degustación; el trabajo como entretenimiento sano y provechoso, no como

castigo; enseñaba a sembrar el maíz para gozar de la merienda, a cultivar los árboles frutales para saborear los mangos, las naranjas y los zapotes; a cuidar los animales para montar a caballo, tomar leche, comer queso, huevos y los diversos manjares que con esas materias se preparan, como retribución de la fatiga personal.

Los adelantos alcanzados al finalizar el siglo XIX modificaron notablemente aquella vida patriarcal: los nietos asistían a las escuelas públicas y privadas; a la moneda de cacao y la maquina de plata, sustituyeron los escudos, las cuartas y las onzas de oro; los billetes de banco entraron luego en circulación, y la palabra y el pelo de la barba que antes respaldaban todo compromiso, quedaron rezagados, para dejar campo abierto a los documentos privados y las escrituras hipotecarias; las carreteras sufrieron detrimento, cuando el ferrocarril se encargó del transporte de pasajeros y de carga; los impuestos urbanos reemplazaron a los servicios personales en el aseo de las poblaciones, y las consultas judiciales fueron a hacerlas a los bufetes de abogados y a la casa de los tinterillos.

La casa misma había debido transformarse, de piso de tierra en piso de ladrillo, y luego de madera; los cerros fueron sustituidos por candados y picaportes, y más tarde por cerraduras y llavines; las ventanas de rejas se vieron desalojadas por las vidrieras. Sólo quedaba la armazón antigua; pero hecha de tal modo, que así como la vieja casa de Río Segundo, esas habitaciones seculares han resistido los terremotos hasta hoy, cuando muchas de las construcciones modernas no dejan otra cosa que el recuerdo, algunas de ellas sin haberse estrenado siquiera! Antes de morir el abuelo se vió obligado a vender su casa, llena de las comodidades de otros tiempos, para comprar otra pequeña en la calle del cementerio, que le recordara las estrecheces de la tumba y el alejamiento de todos sus afectos.

A los ochenta años de edad dejó las

penalidades de la vida, para entrar en el descanso eterno, dejando para sus descendientes los atractivos de la luz, motores y cocinas eléctricas, el teléfono, el cinematógrafo, los automóviles y embarcaciones de gasolina; pero sin llevar en el alma el pesar de la desastrosa guerra europea, la crisis económica, la quiebra de casas bancarias, y peor que todo, el aniquilamiento de los afectos sociales, que en otro tiempo hicieran de su pueblo una familia unida por los lazos encantadores del cariño!

Aquella vida patriarcal, saturada de honradez y confianza en el dicho de los hombres, rodeada del respeto para los ancianos y de esperanzas para la juventud, ha venido cediendo paulatinamente el campo al mercantilismo social, sin ambiciones por adquirir lo mejor, ni conservar lo existente, desdenando los recuerdos del pasado para aligerar el tiempo, de manera que los días, los meses y los años sigan el curso de los aparatos voladores, que no dejan rastro alguno en el espacio.

El período de la actividad de los hombres se cotiza en veinte años solamente, de ahí ese afán de vivir a la carrera, como las aguas de los ríos torrentosos, que no tienen tiempo de sedimentarse y fertilizar los campos, trocando el deslizar tranquilo de una góndola y las encantadoras puestas de sol, por el vértigo del junco en los raudales del Japón y las noches interminables de las regiones polares.

Pensaba, sin embargo, el abuelo que esta manera de conducirse los hombres y los pueblos era sencillamente una afección morbosa de que se padecía periódicamente y que luego la gente recobraba su natural equilibrio, que la fiebre de los ciudadanos del año 23 había pasado como pasó el terror de los temblores de San Estanislao, el afán de la unidad Centroamericana por las armas y la peste del cólera. Que las crisis sociales depuraban a los pueblos de gérmenes nocivos, así como ciertas fiebres corporales consumen en los organismos vivos los elementos dañinos que han venido

reuniéndose durante largos días, y que a las noches de invierno, cargadas de emanaciones deletéreas, sucedía siempre el amanecer despejado, purificador de los aires malsanos, por que rigiendo las diversas etapas de la vida estaba el Sol, reductor de toda dolencia, y que las afecciones de carácter moral tenían de igual manera su fuerza regeneradora, que va siempre hacia adelante, con la mirada fija en las claridades del cielo, sin cuidarse del lodo transitorio del camino. Son

nubes de paso, nevadas que el calor deshace, desbordamientos que siempre llegan a su fin, y que tanto la nube, como la nieve y la inundación devuelven a la madre tierra el agua fecundante, a cuyo influjo reverdecen los campos, las plantas se cuajan de flores y sazonan los frutos. ¡Consuelo admirable, que amortigua todas las asperezas de la vida!

Anastasio Alfaro

San José, 16 de febrero de 1915.

La bruja blanca

¡Bruja blanca, blanca luna,
está enferma el alma mía
porque me besó en la cuna
tu boca de hechicería!

Por tu sortilego encanto,
mi alma en el sueño se pierde.
¡He soñado tanto, tanto
bajo tu mirada verde!

Por tu influencia enigmática
siento una pasión lunática
por esa extraña mujer

que aguardo día tras día,
que no he visto todavía
y a quien jamás he de ver.

Tu boca bruja fascina
y emponzoña cuando besa,
la boca cruel y felina
de tu cara de clownesa.

Madrina de los hechizos,
lámpara de la aventura,
maga de los bebedizos
y antorcha de la locura,

tu beso de hechicería
nos enferma de poesía
y de anhelos irreales,

y tus pobres ilunados
se hunden en los encantados
paraísos artificiales.

En los nocturnos jardines
nievas de plata el sendero,
deshojando los jazmines
del celeste jazminero.

A tus rayos azulados
brotan frutos venenosos
y cantan en los tejados
los gatos voluptuosos.

Tu verde beso fatal
nos enferma de ideal
con el veneno que encierra

y no hay esperanza alguna...
que el ideal es... la luna,
¡y nunca baja a la tierra!

Emilio Carrère

La prensa debe ser una carrera

(Estudio presentado al Certamen de Sociología en los Juegos florales de 1914).

Pongamos remedio al mal, seamos capaces de este noble intento, que si no alcanza más alta categoría que la de una nobleza de intención, será de todos modos una semilla que puede germinar mañana si la abona una comunidad de empeños, y si no cae, como dice la parábola, sobre piedras de indiferencia o de desprecio.

La prensa es, a estas horas en que los intereses humanos han alcanzado gran interés, el más trascendental y más alto magisterio; y en los cuatro rumbos de la tierra, edificando o construyendo, con la pica del que demuele o el cincel del que construye, con la apostólica palabra que congrega o la iracunda frase que disuelve, látigo o himno, ha sido su poder incontrastable.

Desde su elevada tribuna el periodista es el exponente de la colectividad que piensa y calla, y es quien ausculta cariñosamente el corazón de la sociedad en que vive, para interpretar sus latidos ya sean de júbilo, de ira o de hambre.

¿Quién se atrevería a negar a esta hora presente de las brillantes conquistas del pensamiento—sin incurrir en un imperdonable anacronismo—la fuerza y el imperio avasalladores de la prensa? Y la prueba patente de esa fuerza y de ese imperio, está en que quienes han querido oponerse a sus impulsos, han sido arrollados entre sus ondas tempestuosas, y en que los gobernantes que no han querido ir dando tumbos contra la opinión pública, la han escuchado y la han tratado con respeto.

El insigne Castelar lo dijo hace ya días: «no hagáis mal a los periodistas», y hay en su frase, más que la compasión que muchos han creído encontrar en ella, un consejo para

aquellos que, desconociendo el poder de la prensa, quieran ponerle mordaza o coartarle sus impulsos.

La palabra escrita, llevada ávidamente por el trasatlántico, por el ferrocarril o por el modesto posta rural, va a la mesa del sabio, al taller del obrero, a la choza del campesino, adonde quiera que haya alguien que siquiera delectee.

¿A qué seguir argumentando para probar el poder de la prensa, si ese es uno de tantos axiomas que ya nadie discute por sabidos?

Ya en ese terreno, sentamos esta conclusión: hay que reglamentar la prensa. Y vamos a decir a continuación, cómo creemos que debería reglamentarse.

Se oye decir a menudo que ella es el cuarto poder del Estado, y esa frase, como muchas otras, ha conquistado popularidad al ser repetida en todas partes con acentos de aparente convicción. Y nosotros creemos que al hablar así, se incurre en un flagrante error que acusa un desconocimiento manifiesto de las finalidades de esa alta institución. La prensa no es el cuarto poder de un Estado, es el resumen de todos sus poderes; es el exponente de su mentalidad robusta o débil; es la Nación hablando. Relegarla a la categoría de cuarto poder, es calumniarla suponiéndole un radio de acción muy reducido, es bastardearla arrebatándole ese poder que le prestan las muchedumbres. Siendo así cabe preguntar ¿y es natural que la prensa siga viviendo vida de anarquía, en cuyo desorden se estrellan y fracasan sus mejores empeños y sus más delicadas empresas? ¿Debemos dejar en manos de los palurdos o de los mal intencionados, la más alta manifestación de la vida social? No, urge reme-

diar el mal, abrirle nuevos rumbos amplios, para que sea, no el comercio indigno de las pasiones vulgares, sino lo que debe ser: un campo de lucha consciente y honrada de las ideas de la colectividad. Y llegamos a esta conclusión: *el periodista debe ser un profesional y la prensa una carrera*, porque sólo así puede responder a sus elevados destinos.

El Estado abre Escuelas Normales, de Derecho, de Farmacia y de Medicina, porque ha creído que para el acertado desempeño de sus actividades, necesitan los que a cada una de las ciencias se dedican, un caudal de conocimientos que buena o malamente representa un título. Y el periodista, que actúa en un campo de acción tan extenso, que tiene entre sus manos los más graves intereses humanos, como que son los de la colectividad entera, ¿no ha de ser también un profesional, que llegue al campo de la lucha sí con las manos desatadas y el corazón bien puesto, con la plena conciencia de su alta misión, y con la preparación suficiente para enfrentarse a todas las situaciones y sacar de ellas el mejor partido? Bien sabemos que esta nuestra tesis va a arrancar un gesto de burla de quienes no quieran ahondar este problema, y un gesto despectivo de los que puedan suponer que hay en nuestra labor un asomo siquiera de tiranía para la prensa. A los que la juzguen descaiminada, debemos hacerles presente que ese mismo sentimiento de repudio conquistó la idea—hoy realidad—de convertir en carrera nuestro incipiente magisterio antiguo; y a los otros, que somos devotos enamorados de la prensa, y porque la concebimos digna de atención y de respeto, anhelamos para ella un futuro más feliz y más fuerte sobre bases sólidas.

Si el abogado—que debe ser un profesional—es un inepto o un mal intencionado, puede, a lo sumo, cuando se equivoca, poner en peligro la suerte o la fortuna de un individuo, su labor es individual, como si dijéramos; si el Maestro, hará errar a quince

o veinte alumnos que lo escuchan; si el Agrimensor, hará pasar el lindero un metro más allá o más acá del lugar que le correspondía; si el Farmacéutico, podrá hasta envenenar al paciente que va a la botica en busca de una droga, pero el efecto de sus errores está muy limitado y no cae sino sobre aquellos que van a buscar al profesional inepto o perverso. Pero, ¿se podrá decir lo mismo del periodista? ¿Su labor es también individual? Muy al contrario: él tiene por colaboradora en su lucha, a la sociedad entera y a todos sus elementos integrales se transmiten sus emociones.

El mal periodista—y son desgraciadamente tan comunes—lleva diariamente a la casa de cada uno un alimento adulterado, y va envenenando, paulatinamente, día por día, la conciencia del grupo que lo escucha.

Y hay que recordar que el mismo concepto de poder y prepotencia de la prensa, debe dictarnos el deber de organizarla profesionalmente.

El periodista es un maestro que tiene por concurrencia su lección, a la comunidad que representa; es un médico que tiene en sus manos la salud pública; un agrimensor que marca los linderos de la Justicia y del Derecho; un farmacéutico que expende una droga general para la muchedumbre en masa, es, en una palabra, el trabajador que en mayor número de aspectos se ofrece a la contemplación pública, en todos ellos de una manera efectiva.

¿Y a ese que interpreta una tal pluralidad de intereses, no se le exige ninguna credencial, no se le pide ninguna constancia de su capacidad para la grave misión que va a desempeñar?

La prensa está, a estas horas en su mayor parte, por su trivial e incompleta organización, en manos torpes o mal intencionadas, y en uno y en otro caso es dañosa a la sociedad en que actúa. Todos los buenos propósitos están acordados en que hay el deber de mejorarla, regenerándola. Pero, ¿de qué manera? ¿Deberá adoptarse el sistema de la represión? ¿El censor, pro-

hibiendo la publicación de lo que en su concepto es inconveniente al público, halagaría nuestro intento de mejora? ¿La cárcel para el periodista que injuria o que calumnia, llenaría ese vacío que se nota en la prensa actual? Inmediatamente contestamos que no, pues esos procedimientos apenas corrigen un defecto del mal periodista, el de su exaltación, pero dejan sin enmienda el grave peligro de su incompetencia, en muchos casos de resultados de más grave trascendencia.

Según Guyau, la palabra es una acción que empieza, y cuando es la palabra de la colectividad, tiene que estar rigurosamente respaldada y muy bien dicha, para que no sea la iniciación de una acción torpe o malsana.

El Estado o la iniciativa particular, tiene que fundar la «Escuela de la Prensa», regida por un reglamento dictado al efecto, donde se expliquen las asignaturas que la preparación del periodista exige, y donde deban llegar todos los que quieran dedicar sus afanes a las labores del periódico.

Concluidos los estudios que los programas de la Escuela prescriban, se le extiende a cada estudiante un título de periodista que lo pone en aptitud de dirigir un periódico, de manera que sólo un profesional, en posesión de ese título, pueda fundar una hoja periodística cualquiera. Así, elevándola, dignificándola de esa manera, haciéndola señora del respeto que debe inspirar, restringiendo el desempeño de su alto ministerio, de manera que a él sólo lleguen los aptos, regenerándola, en una palabra, la prensa dejará de ser refugio de fracasados que creyeron que se es periodista cuando se maneja bien la *gacetilla* melosa o el chiste barato o de mal gene-

ro que ha matado en nuestras sociedades el pudoroso respeto a la palabra escrita. Entonces, cuando la prensa esté en esas manos y la suya sea una labor de consciente competencia, sí merecerá la libertad de pensamiento que va agitando sus banderas por todos los confines de la tierra, pues que así como lo esencial no es vivir sino vivir honradamente, la libertad de pensamiento no debe ser para que se hable sino para que se hable bien; entonces, las leyes de imprenta estarán de más y las restricciones de hoy serán odiosas porque caerán sobre los legítimos representantes de la colectividad que grita o que se queja por boca de ellos.

Se nos objetará que cuando el periódico sea como nosotros lo ideamos no tendrá acogida y deberá arrear bandera, abandonado del público; pero a eso contestaremos por adelantado que, ante todo, el periodista que de ello se precia, prefiere dejar de serlo antes que hacer labor de bajo comercio explotando el comentario insulso y estimulando el sencionalismo tan en boga en estos días; y, además, que cuando todos los periódicos hagan una conjunta labor de seriedad y de cordura, el público aprenderá a leer. La prensa del futuro hará su público, al contrario de hoy en que nuestras sociedades superficiales han hecho una prensa superficial también.

Se habla en todos los tonos del sacerdocio de la prensa; pues bien, hagamos de ella efectivamente un sacerdocio, de sacerdotes dignos, para que en las batallas del futuro, ella colabore poderosamente como cumple a su destino de civilización sobre la tierra.

J. Albertazzi Avendaño

ZAPATERIA DE LUJO

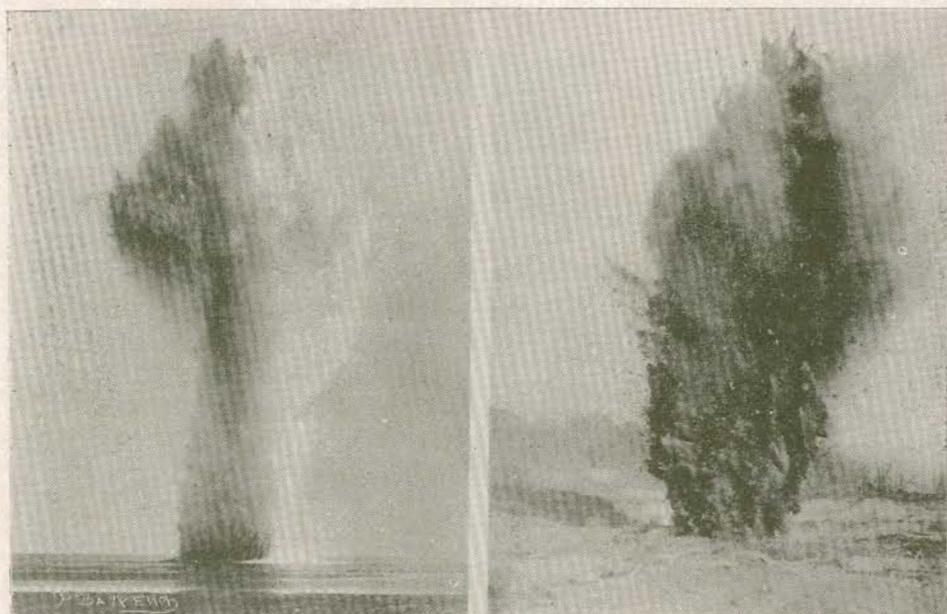
Pero, ¿qué botines son los que hacen ustedes? Ayer le compré este par, y mire usted cómo estan. Todos rajados.

— ¿Ha andado usted con ellos?

— ¡Naturalmente!

— Pues usted tiene la culpa. ¡Aquí no se hace calzado más que para ir en *auto!* — replica el zapatero con desprecio.

NOTAS GRAFICAS DE LA GUERRA



Explosión de una mina submarina.

Explosión de una mina terrestre.



Vista general del Cairo,
en la que en primer término se destacan dos de sus más famosas mezquitas.

Perfil artístico

de María Luisa Marsili

De figura esbelta y arrogante y de belleza encantadora, la aparición de María Luisa Marsili en el escenario, cautiva.

Las condiciones de su voz, constituyen una excepción.

Extensa, del *la* grave al *mi* agudo, y dotada de notable agilidad de garganta, reúne las tres tesituras de soprano, mezzo soprano y contralto, lo que hace que pueda cantar con gran facilidad todos los géneros.

El timbre es agradabilísimo e igual en toda su extensión.

La emisión la realiza sin esfuerzo aparente y con gran naturalidad: apoya con maestría en todas las cuerdas y ataca los agudos, potentes y vibrantes, con seguridad.

Su vocalización es clara, dejando oír con igual brillantez todas las vocales y aun las consonantes más difíciles.

Su escuela de canto es correctísima.

Artista de corazón, fía más el éxito al sentimiento que la domina que al efecto fonético de su voz admirable.

Actualmente se dedica a la zarzuela y la opereta, pero su verdadero campo de acción es la ópera, en la que no dudo lograría alcanzar, en breve plazo, un lugar prominente entre las artistas más notables.

El que esto escribe le ha oído varios fragmentos de ópera, entre ellos, *Visi d'Arte*, de Tosca, y no vacila en confesar que le produjo una de las emociones artísticas más intensas que ha sentido.

María Luisa Marsili es catalana; nació en Barcelona, uno de los emporios del arte en todas sus manifestaciones: siendo los fallos de su público respetados y acatados en los grandes centros artísticos mundiales.

Hija de una familia distinguida,

recibió esmeradísima educación e instrucción, lo que ha contribuido a formar su temperamento artístico, de primera fuerza; y ha hecho de ella una mujer virtuosa, de trato sumamente agradable y que se capta inmediatamente las simpatías de los que tienen la dicha de conocerla y tratarla.

Habla perfectamente el castellano y pronuncia el italiano y el francés con suma corrección.

Esposa ejemplar y madre cariñosísima, es socialmente una mujer perfecta, así como una artista insuperable.

La Generala, Lola Montes, El Anillo de Hierro, El Conde de Luxemburgo y otras tantas obras del género clásico español, son ejemplos fehacientes de mi aserto, que recordarán siempre con sumo agrado los buenos aficionados al arte.

Joven aún, mucho se puede esperar de ella, si continúa profesando al arte verdad el culto que actualmente profesa.

Su dignidad artística, no le permite descender a poses gestos ni movimientos que son del agrado de cierta parte del público: y esto que en la opinión de algunos la desfavorece, constituye la prueba más evidente de su personalidad artística de buena ley.

Correcta siempre; elegante sin afectación y apasionada sin efectismos groseros, es un modelo de buen gusto y hace sentir a los elegidos el arte exquisito que la embarga.

Siga la distinguida artista el camino emprendido, en la plena convicción de que logrará siempre el espontáneo aplauso de los refinados, y la entusiasta admiración de los públicos cultos.

Chantecler

GALERIA ARTISTICA



MARIA LUISA MARSILI

Notable primera tiple de la Compañía Puértolas La Presa

De mis correrías

Fugitiva

En la estación había gran número de personas: unas que iban a partir y otras que habían ido a despedirlas. Y sin saber por qué, por uno de esos inexplicables caprichos de la memoria, recordé unas frases que días antes, había leído en un periódico:

«Qué tristes son los «adioses». Suenan la última campanada de aviso y parte el tren... Allá va como serpiente herida que huye hacia el campo abierto, dejando tras de sí un penacho de humo y la visión de algo fugitivo que pasó como un relámpago, entre ruido de herrajes, gritos y campanadas...

«Es una huída engendradora de tristezas. Todos los que presencian el espectáculo de la partida, se ven asaltados de repente por quién sabe qué vagos pensamientos, cuando la máquina desaparece en el horizonte.

«Y aquellos que fueron a la estación a dividir en dos, sus vidas, despidiéndose de los seres que aman, caminan por el andén, como autómatas, inclinando el rostro, los ojos bañados en llanto...»

En estas cosas andaba yo pensando, al ver cómo se despedían dos enamorados. El, parecía un estudiante; ella, era una preciosa morena de unos quince años. Algo separadas de la pareja, estaban dos señoras, que muy bien podían ser la mamá de la novia y alguna amiga de todos.

Allí estaban los novios, al pie del estribo, hablándose con acariciadora y mal contenida emoción; besándose con la mirada, ya que no se atrevían a besarse a flor de labio...

De vez en cuando se daban apretones de manos, que decían—sin decir las—muchas cosas de las que alimentan esas divinas ilusiones de los enamorados...

Las manos de ella, querían decir, que no la olvidase; que no fueran a borrarse de la memoria de él, las noches pasadas en dulces coloquios, cuando en aquella reja andaluza, alumbrada por la luna plena y perfumada por las flores de aquel jazmín trepador, habían cambiado tantos juramentos y habían refrescado sus vidas con los inolvidables besos primeros: esos besos que reúnen todo el encanto de la espontaneidad, de la confianza y de la pasión juvenil.

Que no fuese a olvidarla por alguna de aquellas «flores anémicas» de la capital; de aquellas, que según el decir de una novela—que ella leyó a hurtadillas de mamá,—son maestras en las complicadas artes del *firts*...

Y las manos de él, *respondían*: no temas, es imposible que yo te olvide.

Cómo podría olvidarte quien ha sentido por tí las divinas emociones del primer amor; esas emociones, siempre viejas y siempre nuevas, que tanto han dado qué decir a los poetas.

No tengas cuidado: «mi amor será eterno...»

Cuando yo creía seguir así, el sentir de la enamorada pareja, cruzó el andén una viejecita que llevaba de la mano un pequeño rapaz robusto y sano; prometedor de fuerzas y vigores futuros...

Y mi excepticismo—alimentado por su madre, la experiencia—creyó ver un símbolo, en aquella pareja que había cruzado el andén: la viejecita simbolizaba la Distancia, y el rapaz que la seguía, era el Olvido...

José Tomás y Masbou

El terremoto

He aquí la trágica visión del terremoto, evocada en una carta particular por la tosca pluma de un hombre de pueblo: «Nos sentimos de pronto derribados al suelo como por puñetazos de manos invisibles y, luego, parecía que la tierra, como un monstruo desperta-

los Abruzzos; así, han muerto veinticinco mil personas en la fértil cuenca del lago de Fucino; así, ha desaparecido una gran riqueza laborada a fuerza de siglos... ¡Pobre hermana Italia! Sin duda, el Azar que rige los destinos humanos tiene condenados a los pue-



Los sobrevivientes de la catástrofe de Avezzano buscando los cadáveres de las víctimas entre los escombros

do de pronto, tratara de arrojar sobre el firmamento, lanzando rugidos espantosos. Desde hoy en adelante creeré que la Tierra está viva; la he visto moverse, temblar, estremecerse; la he oído hablar con un lenguaje que amedrenta. Luego, cuando ella calló, surgió el vocero del miedo humano; los heridos clamaban su dolor, y hombres y mujeres enloquecidos de terror corrían chillando y gritando como fieras perseguidas. De vez en cuando, se oía como el fragor de un lejano trueno; eran las casas que se derrumbaban...»

Así, han quedado destruídos Avezzano y otros pueblos de la región de

blo latinos a saborear la amargura de todas las adversidades. Este latigazo cruel, con la crueldad impasible de la Naturaleza ciega, viene a recordar a Italia, en momentos de grave preocupación, que hay para ella un irredentismo más grave, más enconado y terco, que la detentación de sus provincias norteñas por otra nación y otra raza. Para el pueblo italiano, poseído de todas las supersticiones meridionales, esta tremenda tragedia parecerá un aviso del Cielo. Cuando Italia recordaba las filas de su mocedad para lanzarse a la guerra, cuando el ensueño de volver a poseer Trento y Trieste

y Pola resucitaba con todo la fuerza de un ideal nacional, cuando la esperanza de un imprevisto engrandecimiento despertaba los recuerdos de las antiguas glorias militares, el suelo estremeciéndose produce en una hora, en unos minutos, más víctimas y desastres mayores que la más encarnizada batalla.

No hay terrazgo en todo el planeta, que el hombre haya amado más intensamente que a la península italiana. Desde la antigüedad remota, reverbera como un sol, sobre el mar azul al que da el nombre de su raza; irradia sobre Europa entera; enseña los heroísmos de la fuerza y las espiritualidades de la belleza; es grande en su decadencia y en sus abnegaciones; no desaparece jamás, sino que cae con estrépito para volver a alzarse, como si hija del Olimpo, estuviese destinada a vivir la eternidad. El ideal humano hace de Italia su paraíso de refugio; pagano, sobre las gradas del Capitolio y nazareno bajo la cúpula del Vaticano... La fe del hombre se llama siempre Roma!

Y esta tierra amada, que el hombre fecundó con su sudor y con su sangre, donde alzó los más osados monumentos, donde creó las más bellas ciudades, donde acumuló todos los prodigios de su arte, donde en vano pasaron todas las invasiones, es ingrata, como una mala mujer, y siempre mal segura, como si la abrumara la gloria, tiembla y se estremece y entierra en sus grietas a Pompeya y Herculano, y amenaza con la voz de sus volcanes y los rugidos de sus entrañas traicioneras, mal cristalizadas.

En otros momentos, la catástrofe de los Abruzzos hubiese conmovido a la Humanidad entera, y como en anteriores terremotos, el mundo entero hubiese ofrendado en el altar de Italia los homenajes de su dolor, su cariño y sus limosnas. Pero, ¡ahora!... Nuestra Edad se ha hecho amiga de la Muerte. Le está entregando lo mejor de sus generaciones; lo más vigoroso de sus mocedades. Está regando y fertilizando con sangre humana los campos de Bélgica, y los de Francia,

y los de Polonia, y los de Servia, y los de Austria, y los de Prusia, y los de China, y los de Asia, y los de África. Son las viejas tiranías sociales que resucitan, proclamando que la vida del hombre no vale nada. ¿Cuántos murieron ya? Nadie lo sabe. Un millón; más acaso. Y cada día el fuego y el hambre, el frío y la enfermedad van segando vidas. El mundo no se espanta. Parece que hemos llegado a convencernos todos de que este sacrificio, este desprecio de la vida humana, era una necesidad que tardaba ya en cumplirse y satisfacerse.

Lo que asombra es que hayamos pasado un siglo reconstituyendo en nuestros ideologismos la valoración del hombre: eran los economistas calculando su fuerza productora y multiplicadora de riquezas; eran los higienistas llegando a los más sutiles arbitrios para alargar su vida; eran los bacteriólogos buceando en el mundo misterioso de lo invisible para encontrar y exterminar a los engendrados de las enfermedades; era la caridad de todos sosteniendo asilos y hospitales. Eran, en suma, la Ciencia y el Bien amparando a la Humanidad y estimulando su reproducción; era el hombre luchando con la Muerte. Y ¿para qué? ¿Para entregarlos ahora por millones a la fiera de la metralla y del hambre?

Era más dulce, más consoladora la resignación con que en las épocas que llamamos bárbaras se dejaba que un destino providencial o un azar fatalista, diezmasen las naciones con los rigores de la peste o del fuego o del terremoto. Al cabo, quedaba a los pueblos el consuelo de alzar los ojos a lo alto y pedir misericordia a los poderes sobrenaturales. Pero, ahora, el hombre se ha hecho amigo de la Muerte y buscándola, provocándola, ha derribado, con mayor crueldad que la Naturaleza ciega, la obra de una civilización que proclamábamos definitiva.

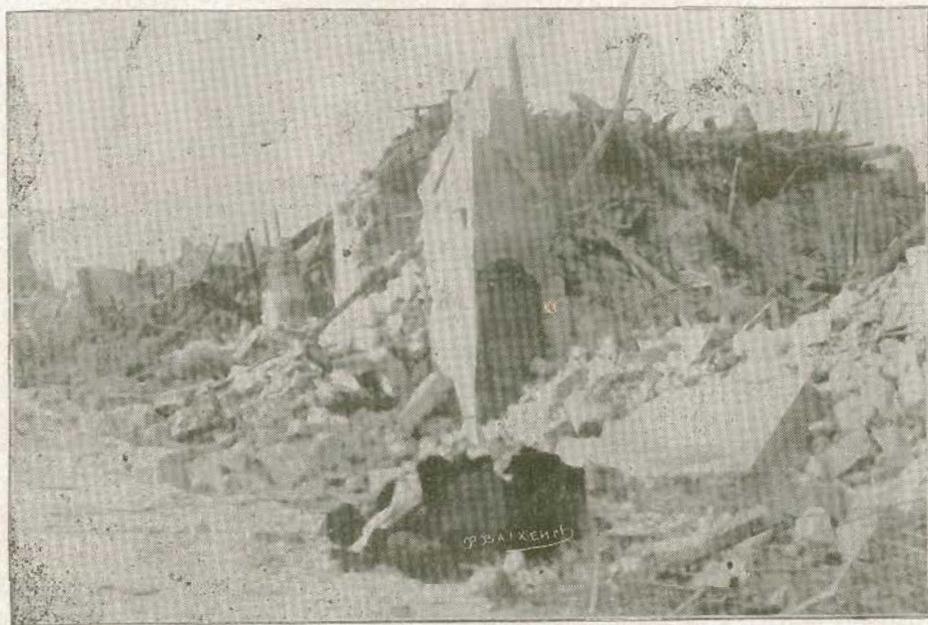
Así, pobre hermana Italia, nadie ha tenido un grito de hondo dolor al ver cómo tus pueblos y tus aldeas se han estremecido sobre sus cimientos y se

han destruído matando tántos de tus hijos. Es como si el cañón hubiese tronado sobre tus floridos campos: es como si los aeroplanos hubiesen descendido al valle desde las cumbres nevadas de los Apeninos; es como si una avalancha de caballería hubiese pateado furiosa sobre tus huertos y tus viñedos... ¿Cuántos murieron? ¿Veinticinco mil? Son pocos; pocos aún para la insaciable sed de sangre que empuja a unos pueblos contra otros. ¿No recuerdas tus aventuras bélicas recientes? ¿No perecieron más en Tripolitania? ¿No viste, hace poco, en la contienda de los Balkanes, cómo quedó la juventud de Turquía, y la de Bulgaria, y la de Servia, y la de Grecia, y la de Montenegro, tendida, muerta, podrida en los gloriosos campos de batalla?

¿Y no es ahora en estos campos sagrados de honor en que belgas, franceses, alemanes, austriacos, rusos, servios, caen a centenares, a millares, luchando por el fantasma de una gloria que cualquier día un fenómeno de la Naturaleza reducirá en un minuto a pavesas y cenizas?...

Y, sin embargo, tu pueblo, con la terca superstición de los meridionales, creará que esa desolación de los Abruzzos es un aviso que el cielo te envía... Solo que en el camino de Damasco, Saulo moderno pierde la vista para no volver a recobrarla. ¡A la guerra, pues, que en nuestra Edad es grande honra ser amigos de la Muerte!

Dionisio Pérez



Aspecto de una de las calles de Avezzano después de los violentos terremotos que destruyeron la población.

Para Pandemónium

Arrepentimiento

(A don Ricardo Solís Molina)

Diciembre de 1913 espiraba en lenta agonía.

La banda dejaba oír las últimas notas de «Fausto», al terminar el concierto, en la noche, víspera del primer día de fiestas; los parquécitos del Morazán estaban atestados de concurrentes; el de la derecha se mejaba una bandada de innumerables mariposas, que con sus brillantes alas y los destellos de sus lindos ojitos producía un agradable golpe de vista, y cuyo alegre revoloteo se confundía con el de fugaces gorrioncillos.

Ya las parejas abandonaban lentamente el Parque y los ensordecedores gritos de «confeti», «confeti», se alejaban hacia la plaza de toros, donde se iba congregando la muchedumbre, ávida de más diversiones y que al consabido toque del clarín, se extasiaba contemplando las divertidas vistas del «cine».

—¿Y nosotros—dijo Carlos—vamos al tablado?

—Naturalmente—le contesté—espero ver allí a Dory esta noche; está encantadora, y le ofrecí encontrarla.

—Sí, tienes razón, pero te ruego que me acompañes al Club, estará muy concurrido.

—Al Club? No, gracias, siento de-
jarte; ya sabes que estas son noches...

—Sí, lo comprendo; que al lado de tu encantadora, goces mucho, adiós...

Me encaminaba ya a la Plaza de la Fábrica; mi reloj indicaba las diez y cuarto.

El estallido de una bomba disparada por un mortero y la variedad de luces que en el aire se mecían a merced del vienteillo de la noche, anunciaban el comienzo de los juegos pirotécnicos.

Inadvertidamente Carlos se había

devuelto, y asiéndome de un brazo, insistió en que le acompañara.

Así fué; caminamos conversando alegremente de mis recientes amoríos con Dory, correspondiendo a los golpecillos de los «confeti» con que nos obsequiaban, y que al estrellarse en nuestros rostros, caían como lluvia de pétalos de rosas, azotados por el viento.

Llegamos al Club. El murmullo de las voces era monótono. Las redondas mesas veíanse invadidas; montones de variadas fichas mostraban la suerte o desgracia de los jugadores. Las codiciadas cartas de la baraja ocultas a las discretas miradas, se ahogaban entre las manos de los concurrentes, como la presa en manos del cazador.

¡Qué inapreciable casualidad! Allí pude aprovechar una lección que grabaré en la memoria. Las frases que en aquel ambiente resonaban eran duras, enfáticas: ¡Camisa aquí! ¡Me planto! ¡Dénme carta!, etc.

¡Ah...! ¡Y la emoción sentida en una casa de juego!

A un extremo del salón, en una mesa medio oculta en la oscuridad producida por las sombras de las luces, entre otros, distinguíase un joven de pálido semblante, que con irritadas palabras, se lamentaba de su mala suerte. Decía: juego las economías del año y hasta el último céntimo del salario de este mes!

El juego sigue reñido: barajan los naipes... y la fortuna le fué contraria!

Desesperado, saca de su chaleco blanco un magnífico reloj de plata; lo ofrece, y también lo pierde!

Encendido por el coraje, exclama: ¡Mil quientos colones perdidos en una hora!

¡Mañana no tendré ni para comprar pan!

¿Qué haré ahora?

Como último recurso pone sobre la mesa un revólver; pero los jugadores embriagados por la codicia del dinero no lo aceptan...

Registra sus bolsillos y los encuentra vacíos.

Cabizbajo, abandona su asiento; meditando, murmura: ¡Esto es imperdonable, así lo arreglaré todo!

Empuña la terrible arma y apuntándose en la sien, dispara...

Pero, una mano extraña le desvía el cañón y el proyectil hace blanco en un ángulo del cielo raso.

El pánico fué general y horrible.

Pasada la emoción, alguien cariñosamente le dice: no amigo, eso no debe hacerse. Mi corazón ha sido mordido por el remordimiento; te devuelvo lo que has perdido. ¿No comprendías que te estaban engañando?

¡Vete a tu casa, y Dios quiera que nunca te vuelva a encontrar por estos lugares!

Aquel joven, arrepentido, abrumado por la pena, abraza con efusión a su amigo y salvador y sale como disparado por una honda...

La luna con sus tenues rayos era la única compañera que seguía aquella lúgubre sombra; los tañidos de una campana, marcaban media noche.

En su hogar, su dulce compañera le recibe con cariño.

—¿Qué te ha pasado, Enrique? Me atormentaba tu ausencia... estaba impaciente con tu tardanza.

—Nada, esposa mía... exigencias de los clientes en el taller...

Desde el fondo del dormitorio una

timbrada vocecita interrumpe el diálogo

—Papacito: mire, qué linda estoy con esta batita crema, mis zapatillas blancas y este sombrerito de plumas... venga que ya me van a desvestir.

¿Quién lo llamaba?

Era Carmencita, la alegría de la casa.

¡Pobre Enrique! Aparta las cortinas y se acerca a la camita.

Adelantándose ella, graciosamente le dice: papacito, deme un beso para que me duerma mamacita y mañana me lieven otra vez a la retreta...

—Sí, hija mía, eres mi dicha, no uno sino mil te daré, y que la Virgen desde el cielo te envíe muchos también... Y besó los rubios cabellos de aquel ángel.

No pudo contener dos gruesas lágrimas que le nublaron los ojos y rodaron por sus mejillas; lloró en silencio... y su corazón, lo sintió de nuevo punzado por los dardos del arrepentimiento.

La tétrica cortina de tempestuosas nubes, se separó de su espíritu, como recorrida por invisible mano, y el azul del cielo brilló en su conciencia, volviendo a ser por la virtud de este ángel, bueno y cariñoso padre.

En aquel hogar que todo era alegría, ignoraban que minutos antes, una mano bondadosa había corrido el negro manto del dolor que les hubiera envuelto, por la codicia del maldito juego!

¡Verdaderamente, Dios cría los ángeles para borrar las penas!...

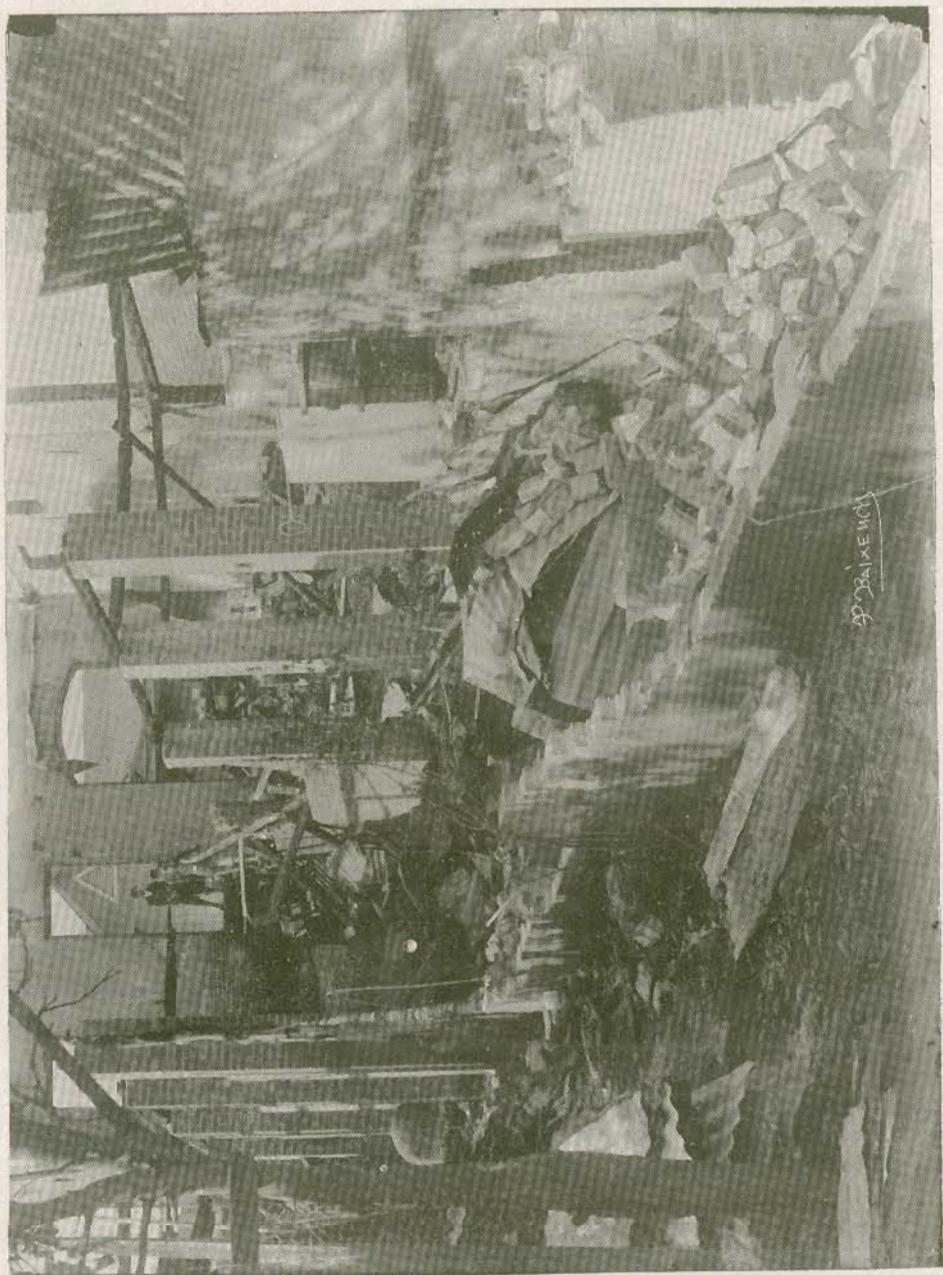
Eberto Cordero R.

San José, abril de 1915.

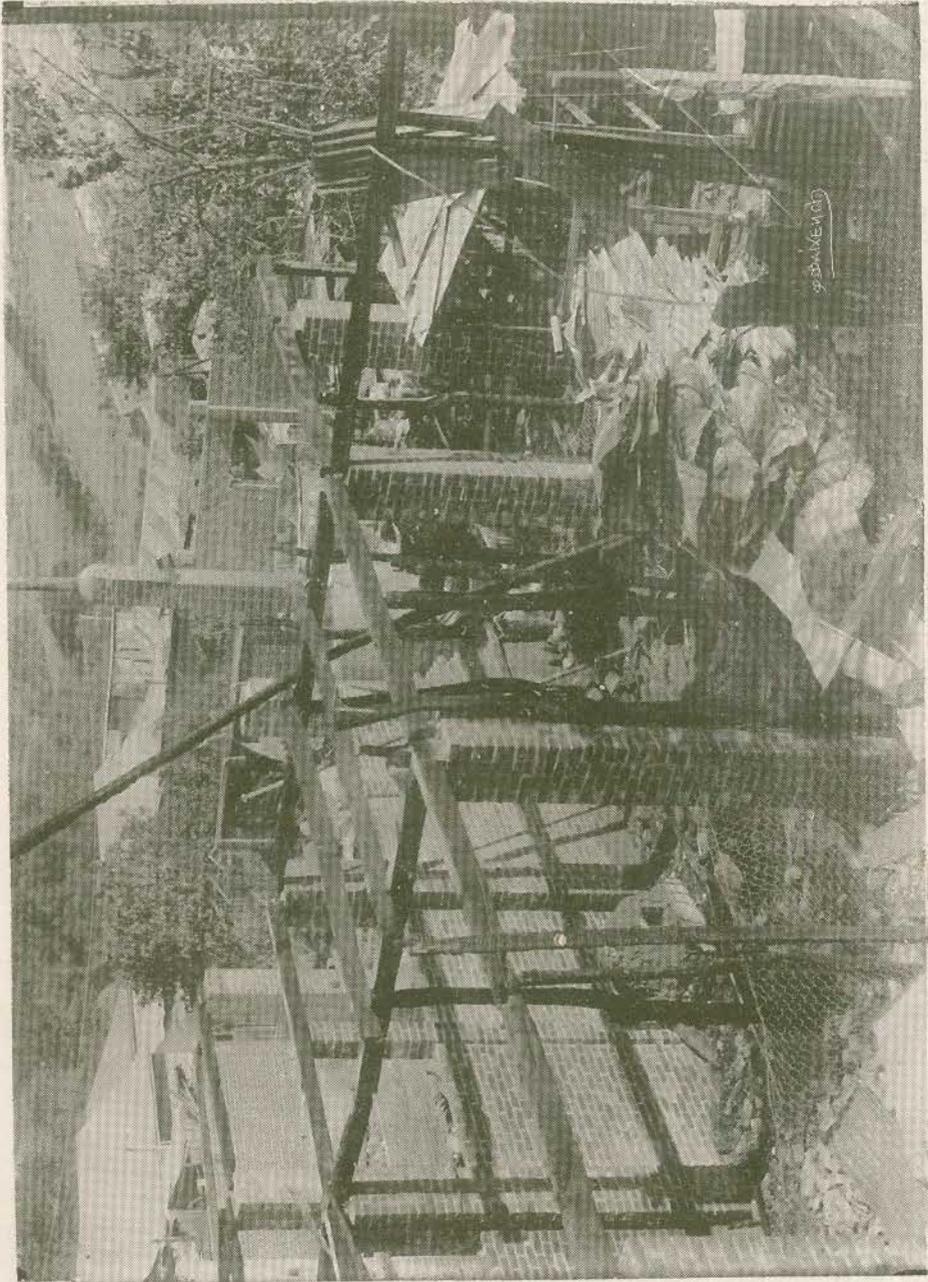
El incendio de la fábrica de los Sres. Urbano

El día 6 del actual a las 3 p. m. circuló rápidamente por la ciudad, la noticia de que un espantoso incendio estaba destruyendo la gran fábrica de jabones y bebidas gaseosas «La Ner-

jeña», propiedad de la razón social Urbano Hermanos y Co., situada al Noroeste de la ciudad, en la Avenida 12, cerca de la calle de la Penitenciaría.



Vista parcial de la fábrica de los señores Urbano, destacándose en primer término la «Pailla» en que principió el siniestro



Vista general, después del incendio, de lo que fué establecimiento industrial de los señores Urbano

En pocos momentos el establecimiento industrial y la casa de habitación de don Antonio Urbano quedaron convertidas en cenizas!

El incendio fué verdaderamente imponente; y el voraz elemento amenazaba destruir toda la manzana, lo que no pudo lograr por la eficaz labor de los bomberos, que lograron localizar el fuego.

Por más que tanto la fábrica como la casa del señor Urbano estaban aseguradas, las pérdidas son muy importantes.

Sentimos de todas veras el accidente, y nos asociamos al disgusto que debe experimentar el caballero don Antonio Urbano, honra de la colonia española y modelo de comerciantes e industriales, que con su actividad, y con su constante trabajo y esfuerzo, ha logrado conquistarse una posición económica más que regular y un crédito comercial que sólo alcanzan los que como él, son ejemplos de honradez y laboriosidad.

Crónica necrológica

El 25 del pasado, falleció en esta ciudad la honorable dama doña Lupita de Tinoco. Perteneciente a una de las más distinguidas familias de la capital y emparentada y relacionada con toda la sociedad josefina, su muerte ha sido sentidísima.

Durante la permanencia del cadáver, que fué colocado en capilla ardiente, en la casa de habitación de los señores Tinoco, todo cuanto de notable y distinguido encierra San José se personó a rendir tributo de condolencia y a dar el pésame a la atribulada familia.

El entierro, que se verificó a las 3 de la tarde del día 26, fué una verdadera manifestación de duelo general.

La Catedral no bastaba a contener

en sus espaciosas naves, la numerosísima y distinguida concurrencia que asistió al fúnebre cortejo, que fué de los más imponentes y majestuosos que ha presenciado esta capital.

Seguían a la extraordinaria concurrencia 10 landós en los que, además del carro fúnebre, eran conducidas las coronas de flores obsequiadas a la difunta, como prueba del aprecio y consideración de que en vida había gozado.

PANDEMÓN- NIUM, al lamentar tan sensible pérdida, envía a su esposo don Federico Tinoco y demás familia

doliente y a los deudos y amigos de la finada el humilde testimonio de su condolencia.



DOÑA LUPITA DE TINOCO

El día 5 del actual, falleció el caballero Mr. William Murray, socio de la Imprenta Alsina.

Trabajador infatigable y hombre de una honradez acrisolada, Mr. Murray

de todos, desde los más encumbrados a los más humildes, pues para con todos prodigaba las excelencias de su fina amabilidad.

Su muerte deja un vacío muy diff-



MR. WILLIAM MURRAY

era el tipo perfecto del industrial esforzado, amante de su familia y de su hogar.

Cuanto le trataron en vida, recordarán siempre con agrado su exquisito trato que le captaba las simpatías

de todos, puesto que seres que atesoren las bellísimas cualidades que ornaban al difunto, son irreparables, y su paso por el mundo es altamente apreciado por todos, y su muerte es sentida con acerbo dolor por los que

han tenido la fortuna de tratarle en vida, y la suerte de poder aquilatar sus virtudes.

El entierro fué extraordinariamente concurrido, figurando en el

cortejo todas las clases sociales.

PANDEMÓNIUM, se asocia de todo corazón al sumo dolor de la familia del finado.

El mundanal ruido

Habitación amplia y enjalbegada de una casa de Aldeavieja, pueblo castellano. Suelo de madera. Una cama de hierro pulcramente hecha, un lavabo y dos o tres sillas. Gran ventana que, por estar la casa a un extremo del pueblo, da al campo. Junto a la ventana, abierta de par en par en esta tarde de primavera, mesa de pino pintado, y sobre ella libros, cuartillas en blanco, pluma y tintero. Ante la mesa, sillón de gutapercha.

Personajes de esta fábula: Augusto del Prado, hombre cuarentón y poeta de renombre, y Salomé, señorita de pueblo, pero nada cursi, sino perfectamente distinguida por su naturalidad y sencillez hablando y vistiendo

Augusto del Prado, que está sentado en el sillón, lee en un libro, Salomé, tras de haber pedido permiso para entrar, entra.

SALOMÉ.—Buenas tardes, señor poeta.

AUGUSTO.—Encantadora Salomé, buenas tardes.

SALOMÉ.—He pasado a ver mi madrina, y subo a ver cómo sigue esa salud y hasta a hacerle a usted un ratito de compañía, si usted quiere.

AUGUSTO.—¡Que si quiero! Dios le pague a usted, Salomé, la caridad que me hace regalándome con su preciosa compañía. ¡Pues poco que me gusta verla y oírla a usted!

SALOMÉ.—Usted, siempre tan obsequioso... Pero he venido a interrumpir su lectura.

AUGUSTO.—Al contrario, viene usted a hacerme más agradable el tiempo. ¡Si viera usted lo cansado que estoy de los libros! A fuerza de leerlos, de vivir en ellos una vida prestada, déjanme los libros sensación de cosa

muerta, mentirosa, triste... Y yo, amiga mía, estoy necesitado de todo lo contrario. Yo lo que necesito es vida.

SALOMÉ.—¿No se encuentra usted mejor? Yo creo que sí. Tiene usted muy buena cara.

AUGUSTO.—(Riendo.) No haga usted caso de la cara, lindísima Salomé. La procesión va por dentro. Este pícaro corazón no quiere ser bueno. Neurastenia o lo que sea, que en ello no se han puesto de acuerdo los señores médicos, es el caso que este humilde huésped de ustedes tiene ya poca vida que perder.

SALOMÉ.—¡Jesús! Qué aprensivo es usted!

AUGUSTO.—Usted sabe que no, amiga mía; es la triste realidad.

SALOMÉ.—Culpas son de usted. Trabaja usted demasiado; no descansa. Ha venido usted de Madrid para descansar, y se pasa el día leyendo y escribiendo. Hace usted mal. Mi padrino, aunque modesto médico del pueblo, ha coincidido en todo con los médicos de Madrid. Usted no tiene más enfermedad que un gran cansancio.

AUGUSTO.—(Sonriendo tristemente.) Sí, eso dicen...: exceso de trabajo, vida febril... Mal de ciudad, como alguien lo ha llamado.

SALOMÉ.—Eso debe ser, sí, señor. Y el campo le pondrá a usted bueno. El campo, el aire puro, la tranquilidad...

AUGUSTO.—Los cuidados de ustedes... sus manos de usted, sobre todo, que han sabido rodearme de cuidados. Haría usted una excelente Hermana de la Caridad, si no hubiera tantos que le disputasen al Señor su esposa.

SALOMÉ.—(Riendo.) ¡Tantos! ¡Por Dios! ¡Pero si nadie me quiere a mí! Eso no es más que una galantería de

usted. Y entre paréntesis: ¿ha tomado usted la leche?

AUGUSTO.—La he tomado, sí, señora. A las seis en punto, su madrina de usted ha tenido la bondad de servírmela. Y me ha dado además un pedacito de pan. No menea usted la cabeza; ya sé que me lo tienen prohibido; pero ¡si viera usted lo bien que me sabe el pan ahora que no me lo dejan comer! Mire usted qué cosa: yo, que he estado comiendo pan toda mi vida, como todo el mundo, no me he dado cuenta hasta ahora de lo bien que sabe. Y ahora, en cambio, lo prefiero a todo, lo tomo más a gusto que la leche y que esas carnes blancas que únicamente me permiten comer; ahora me encanta el pan y también el agua, una de las cosas más buenas que ha hecho Dios. ¿De qué se ríe usted?

SALOMÉ.—¡Qué sé yo! Ya le tengo dicho que a veces me retoza la risa sin otro motivo que estar contenta. Y como, además, yo no quiero que esté usted triste...

AUGUSTO.—¿Triste? No por cierto, hija mía. Confieso que vine un poco tristón, en efecto; pero en los pocos días que llevo aquí, noto que hasta me vuelve el buen humor. También de salud espiritual andaba medianamente...

SALOMÉ.—¡Como que ese Madrid de usted ha querido jugarle una mala partida! Caro quería cobrarse la reputación, la fama de que goza usted en él... Se ve que la vida de las grandes ciudades agota las energías de los que luchan... Y, sin embargo, qué divertido debe ser vivir en Madrid. ¡Si viera usted las ganas que tengo yo de conocerlo! No conozco más mundo que este pueblo—¡ya ve usted qué sé yo del mundo!—, y, a pesar de eso, algunas veces se me figura ver a Madrid... grande, hermoso, altivo..., con mucho movimiento y mucho ruido..., un ruido sonoro que suena a vida, a trabajo, a fiesta... ¿Es algo de esto?

AUGUSTO.—Precisamente. Pero ese ruido, esa agitación, esa prisa de Madrid, acaban por ponerle a uno malo, como usted ve, y para curarse un poco alma y cuerpo del ruido del mundo se

hace preciso venir a un rincón como éste a olvidar, a descansar... y a alimentarse con pan y agua. ¡Bendito sea este rincón...! Que este silencio tan hondo, tan puro..., esta paz... y su risa de usted... son para mí una medicina.

SALOMÉ.—Y un buen paseo todas las mañanas y otro todas las tardes por estas llanuras completarían la curación. Pero no quiere usted moverse de aquí... Ahora mismo ¿no le da a usted ganas de salir andando este aire tan rico que sube del campo, oliendo tan bien?

AUGUSTO.—(Sonriendo.) Mejor me encuentro aquí, al lado de usted..., sin perjuicio de disfrutar de este aire, que, en efecto, es delicioso y huele muy bien. Es la primavera, que tiene la galantería de entrar por esta ventana..., en vista de que no salimos a recibirla al campo.

SALOMÉ.—Así me gusta, que esté usted de buen humor. ¿Quiere usted leer versos, como la otra tarde?

AUGUSTO.—Si usted quiere..., pero prefiero oírle a usted, Salomé.

SALOMÉ.—No lo creo. Los versos son para un poeta lo primero en el mundo. ¿Verdad? ¡Pues poco cariño que le tienen ustedes a la gloria! Y dígame usted: ¿que es realmente eso que llaman ustedes gloria!

AUGUSTO.—¿La gloria? Ay, amiga mía; la gloria, que lo es todo para el artista, substancialmente no es nada. Es vivir en el recuerdo de las gentes, disfrutar de la estimación general... y sentirse aislado entre la multitud. Eso que llamamos gloria no es más que la sombra de una dicha, y el amor, sólo el amor, la dicha misma.

SALOMÉ.—Me va usted a llamar indiscreta..., pero voy a preguntarle una cosa que tengo curiosidad por saber. Disfrutando una buena posición, y en medio de tantísima mujer bonita como debe haber en Madrid..., ¿por qué no se ha casado usted? (Termina riendo.)

AUGUSTO.—¿Quiere usted que le diga la verdad?

SALOMÉ.—Porque yo no me le explico...

AUGUSTO.—Pues porque... ninguna

de cuantas mujeres he tratado en Madrid se ha parecido siquiera un poco a usted.

SALOMÉ. — (*Tomándolo a galante-ría.*) ¿Por eso?

AUGUSTO. — Por eso, sí, señora. Porque las mujeres que yo he tratado en Madrid son de las que hacen ruido, y a mí no me gustan las mujeres que hacen ruido..., sino las que viven como usted, en silencio..., sin aparato..., mansamente..., con el espíritu sano y alegre y el pensamiento claro, limpio, sin morbosas influencias que lo empañen... Mujeres que, como usted, saben a pan blanco y a agua fresca, a paz y a esperanza, a todo eso junto...

SALOMÉ. — (*Riendo.*) Por Dios, por Dios, qué cosas dice usted que yo no me merezco...!

AUGUSTO. — Más he de decirle si usted me escucha y esta pícara enfeme-dad me lo permite. Si Dios quiere devolverme la salud, entonces... yo me atrevería a decirle a usted: ¡Salomé, ¿cree usted que un humilde poeta puede todavía a los cuarenta años, permitirse algunas ilusiones? Y si esto es posible ¿quiere usted, Salomé, ser mi confidente? Puedo confesar a usted que estoy irremediablemente enamorado de una mujer que es como una fuente clara, toda serenidad, donde, al copiarse en ella, mi inquietud se amansa, mi cansancio se endulza, mi lucha interior se hace paz? Sí, Salomé; la brega por la vida, la lucha por ese fantasma que pomposamente llaman gloria, han absorbido por entero mis años, y es ahora, lejos de la lucha, solo con migo mismo, con la conciencia despierta, cuando me pregunto si no he malgastado mi juventud, si no ha habido en ella un hueco triste, un rincón vacío que pude llenar con un poco de amor, y si todavía es tiempo para la esperanza. ¿Qué opina usted de esto, Salomé?

SALOMÉ. — Que tiene usted mucha razón; que ha debido usted enamorarse hace muchos años y que todavía está usted a tiempo... ¡Pues poco bonitas va usted a encontrar a las madrileñas cuando se vuelva usted a sus

lares, sano y gordo! Y allí hallará usted lo que se merece: una mujer inteligente, de cultivado espíritu, de supremo buen gusto, flor de elegancia y de mundo, mientras nosotras, las pobrecitas lugareñas, apenas si servimos para escuchar embobadas las sutiles razones de ustedes los hombres de la ciudad, y más si, por añadidura, son, como usted, hombres célebres. A nosotras, señor poeta, nos tocan en suerte hombres como nosotras, vulgares, oscurecidos, insignificantes, que nada exquisito dicen ni nada elevado entienden, y sólo saben querer a la buena de Dios... Si acaso, alguno hay, entre muchos, un poquitín más saliente que todos, poca cosa, pero que ya significa lotería dar con él. Y, a este propósito, voy a tomarme la libertad de hacer a usted una consulta... Unos versos que me ha dedicado un muchacho de aquí... A ver que le parecen a usted... No serán tan buenos como los que usted hace, seguramente, pero... En fin, usted dirá su opinión... Oígalos usted, porque me los sé de memoria...

¡Amor, amor...! ¿Qué sed es ésta que me embriaga de ilusión?

...¡Una campana toca a fiesta dentro de mi corazón.

Tú eres la fuente, y yo me muero de un indecible y dulce mal; tú eres la fuente que yo quiero para apagar mi sed mortal.

Algo me anuncia tu llegada...

Sé que mañana llegarás...

Con el rumor de tu pisada mi corazón despertará.

Sé que es la víspera dorada de la ventura perseguida, y que sin esta sed no hay nada, ¡porque ella es toda la vida!

¡Amor, amor...! ¿Qué luz es ésta que me deslumbra de ilusión?

...¡Una campana toca a fiesta dentro de mi corazón!

AUGUSTO — Lindísimos... Pero por malos que fueran a usted habrían de parecerle de perlas, ¿no es cierto? Vaya, no se ría usted y dígame la verdad. Esos versos son de un novio que tiene usted y cuya existencia yo ignoraba, ¿no?

SALOMÉ. — No, señor; no existe semejante novio.

AUGUSTO.—Llamémosle pretendiente, lo mismo da.

SALOMÉ.—Eso... varía.

AUGUSTO.—Pues doy a usted mi enhorabuena por adelantado y le deseo toda suerte de felicidades, que no habrán de ser tantas como usted se merece. Pero, ¡ay, amiga mía! ¿Por qué no ha tenido usted la piedad de callarme esos nacientes amores? ¿Qué daño le he hecho a usted diciéndole que la quiero un poco?

SALOMÉ.—(*Sinceramente sorprendida*). ¿Qué dice usted? ¿A mí, que me quiere usted a mí, a tan pobre cosa como yo soy? ¿Será posible?

AUGUSTO.—Lo es, amiga Salomé, lo es. Pero disfrute usted de su amor en la paz, en el sosiego de este rincón del mundo, que yo muy pronto habré de volver a mi ciudad, a acabar de morirme entre el ruido...

SALOMÉ.—Perdóneme usted si he sido yo quien, sin querer, le ha hecho daño. Y sepa usted que ni existe tal novio ni tal pretendiente, ni, por tanto, tales versos, que hube de leer un día en no sé qué libro... Y en cuanto a ese cariño en que usted me tiene, y que yo no me merezco, sepa usted que se lo agradezco con toda mi alma..., que tiene para usted la mayor simpatía.

AUGUSTO.—Amiga mía, Dios le pague a usted lo piadosamente que acaba de mentirme... Pero, en fin, mentira y todo, ha puesto usted tanta bondad, tanta dulzura en ella, que como verdad se lo agradezco. Siga usted mintiéndome un poco unos cuantos días..., no serán muchos..., y así podré llevarme a otro mundo el sabor de una mentira que vale por todas las verdades de éste...

J. Ortiz de Pinedo

Espectáculos públicos

Teatros, Cines y Varietés

EN EL VARIEDADES

Continúa actuando con general aplauso la compañía de operetas y zarzuelas españolas y cubanas que dirigen los primeros actores Manuel Puértolas y A. de La-Presa.

Todos los artistas son más que discretos.

María Luisa Marsili con su voz encantadora, Vicenta Monterde con su gracia exquisita, Aurora González y Luisa Obregón con su arte concienzudo, Manolo Puértolas con la vis cómica de buena ley que es su distintivo, A. de La Presa, con sus graciosidades ingénitas: Argüelles con su voz de timbre agradable, especialmente en los agudos. Lluchí con su experiencia artística en el canto, y todos los demás, contribuyendo al armónico conjunto, se han captado las simpatías del público que asiste con verdadero interés a sus representaciones y les colma de merecidos aplausos.

Lola Montes, La Taza de Té, El Anillo de Hierro y El Conde de Luxemburgo son testimonio de ello.

La Empresa hace todo cuanto le es posible, para presentar las obras con la debida propiedad, y para ello cuenta con la cooperación del notable pintor catalán Julián Vicens, que ha exhibido algunas decoraciones notables, sobresaliendo las de *La Taza de Té*, y una vista panorámica de París de noche, pintadas con gran arte y conocimiento de la escenografía.

EN EL THEATRO ROIG

Actúa un cuadro de compañía dirigido por el aplaudido actor Alfredo del Diestro.

Representa apropósitos en un acto y cuadros de varietes: que por lo bien ejecutados, atraen al coliseo numeroso público.

En este teatro se exhiben también películas cinematográficas muy bien escogidas.

DUETTO LASAUCA BRUNAT

Hace algunos días, presentóse al público el duetto que han formado la aplaudida primera tiple Juanita Lasauca, y el tenor Brunat.

Juanita Lasauca, la tiple favorita de nuestro público, ha regresado de Europa notablemente mejorada artística y físicamente, parece que los aires y el sol de España han acrecentado su belleza y esbeltez y han refinado su arte.

El debut, fué un éxito; pues tanto ella como el señor Brunat cantan muy bien y visten admirablemente.

Hemos visto su guardarropa, y podemos asegurar que es de lo mejor y más completo que existe, tanto en riqueza como en fantasía de los trajes.

El repertorio que traen es extenso y variadísimo: como que consta de

más de doscientas obras entre apropósitos, diálogos y duettos, entre los cuales figuran algunos muy típicos, de gusto exquisito y altamente morales.

Hemos visto y oído muchos duettos y debemos confesar que en ninguno hemos reconocido las condiciones de arte exquisito, elegancia, distinción y moralidad, como en el Lasauca-Brunat: que lejos de fiar el éxito en gestos y actitudes sensuales o en couplets y duettos excesivamente picarescos, lo confía al buen gusto, y a su labor verdaderamente artística.

EN EL TEATRO MODERNO

Se dan algunas exhibiciones cinematográficas de películas de arte, admirablemente escogidas y que son del agrado del público.

Conservatorio de Música y Declamación

El distinguido maestro, pianista y compositor don Julio Osma, ha fundado en esta ciudad un *Conservatorio de Música y Declamación* que se propone colocar a la altura de las entidades análogas, que tanto éxito obtienen en el extranjero y tan provechosos resultados dan en bien del arte.

Está instalado en la casa esquinera detrás del Teatro Nacional.

Las materias que en él se pueden cursar, son: Teoría musical, Ortografía musical, Solfeo, Dictado musical, Armonía, Contrapunto, Fuga, Instrumentación, Estética y análisis musical, Italiano, Francés, Canto, Piano, Declamación y todos los instrumentos

que componen una orquesta moderna.

En el cuadro de profesores figuran las Sras. Elsa M. de Echandi, Emilia de Garnier, Srtas. Luisa y Carmen Montero, Encarnación E. Mayoral, señores Alvisé Castegnaro, Emmanuel J. García, César Nieto, Julio Osma, Ismael Cardona, Luis Roig, Emilio León, Roberto Cantillano, Eduardo Gómez, José Fabio Garnier, Alceo Hacera, Ignacio Trullás y otros.

El conservatorio cuenta ya con numerosos alumnos y comenzó sus tareas el lunes 8 del actual.

Magnífica nos parece la idea y esperamos que ha de dar muy buenos resultados.

A LOS AFICIONADOS A LA FOTOGRAFIA

PANDEMONIUM, deseando fomentar el amor a las bellas artes, y al propio tiempo estimular a los fotógrafos aficionados, en adelante, aceptará y publicará clichés de todas las fotografías que se le remitan siempre que reúnan condiciones aceptables de nitidez y buen gusto.

Para ello, bastará que se le entregue o remita por correo, una prueba de la fotografía, lo más perfecta posible, con el nombre del aficionado y el del lugar o asunto fotografiado.

Creemos que esta sección de nuestra revista será del agrado del público y desde estas columnas, damos las gracias anticipadas a todos los que con nosotros colaboren al fomento de las bellas artes y a la ilustración del público de Costa Rica.